

que le habían calumniado indignamente. Predicando en estas circunstancias Severiano de Gábalas, y habiendo tenido la imprudencia de proferir espresiones contra él, no hizo mas que conmover al pueblo que corrió en gran número hacia el palacio, pidiendo á grandes gritos que le volviessen cuanto antes el obispo Juan. Marchó inmediatamente y con la mayor presteza el eunuco Brison á Preneste donde estaba el Santo, y todos los ciudadanos corrieron á recibirle; de modo que la mar se vió en un momento cubierta de naves y barcos donde se arrojaron con precipitacion hombres de toda edad y condicion, y hasta las mugeres con los niños en los brazos. Así entró el santo Patriarca como en triunfo, acompañado de una multitud de grandes entre los que se contaban mas de treinta obispos (1).

Rehusaba volver á ejercer sus funciones sin ser restablecido por un Concilio mas numeroso que el que le habia depuesto; mas el pueblo no pudo llevar con paciencia esta delicadeza; tantos eran sus deseos! Colocáronse á su rededor con cirios encendidos y cantando cánticos compuestos con súbito entusiasmo, y le llevaron á la iglesia, obligándole á subir á su cátedra y principiar aquellas instrucciones divinas, cuya elocuencia pareció tener entonces para ellos encantos enteramente nuevos. Hablóles en efecto con mas sublimidad que nunca, escediéndose en algun modo á sí mismo en una ocasion tan propia para elevar el sentimiento; y este discurso escitó aplausos tan vivos y tan continuos, que el orador no pudo acabarle (2). Insistia no obstante en pedir un Concilio numeroso en donde pudiese justificarse, y á ruegos suyos escribió el emperador á todas partes para congregar los obispos; mas se ocultaron y dispersaron

(1) Theod. lib. 3, c. 34.

(2) Crisost. Hom. post. redit. tom. 8, pág. 262.

prontamente. Huyeron en secreto de Constantinopla los del partido de Teófilo, y temiéndolo al pueblo, se retiraron cada uno á su iglesia. Tembló tambien el osado Teófilo; y viéndose amenazado de ser arrojado al mar, se embarcó precipitadamente durante la noche, á pesar de los rigores del invierno, para entrar pronto en Egipto. Entretanto ya se habia reconciliado con Eusebio y Eutimio, los dos únicos grandes hermanos que todavia vivian, porque Ammonio y el obispo Dióscoro habian fallecido algun tiempo antes en reputacion de santos milagrosos. El celo de Teófilo contra los escritos de Orígenes se disipó con su intriga; y cuando se le mostró la sorpresa que causaba esto, dijo: «estos libros son una pradera en donde cojo las flores sin detenerme en las espinas.» Permaneció tranquilo por entonces San Crisóstomo, parecia ser mas querido del pueblo, y recobró mayor autoridad que antes de su desgracia.

Cuentan de Teófilo, que al llegar á Egipto aportó por casualidad á la pequeña ciudad de Geres, cuyo obispo habia muerto, y los habitantes habian puesto los ojos en el solitario Nilamon para colocarle en aquella silla. Residia este fuera de la ciudad en una celdilla cuyas puertas habia tapiado para vivir mas solitario. Habiéndose negado, pues, á admitir el episcopado, fué muchas veces Teófilo á empeñarle á que le aceptase; y respondió por fin: «Mañana, padre mio, hareis lo que os agrade: permitidme arreglar hoy mis negocios.» Regresó Teófilo á la mañana siguiente y le mandó abrir recordándole su promesa. «Hagamos antes oracion,» dijo el solitario: «Hagamos oracion,» dijo tambien Teófilo, que al instante se puso á orar. Trascorrido mucho tiempo de este modo y cansado por último Teófilo y los que estaban con él de tanto esperar fuera de la celdilla, llamaron en voz alta á Nilamon y nada les contestó. En vista de

esto derribaron la pared que cerraba su puerta y se le encontró muerto. Enterráronle con mucha pompa, construyéndose una iglesia sobre su túmulo, y todos los años se iba allí á celebrar su memoria con gran solemnidad: tambien celebra la Iglesia su fiesta el 6 de enero (1).

El modo glorioso con que San Juan Crisóstomo habia sido restablecido, parecia anunciarle una paz inalterable; pero apenas duró un par de meses, al cabo de los cuales levantaron una estatua en honor de la emperatriz en la plaza pública que habia entre el palacio y la iglesia de Santa Sofía. Celebróse la inauguracion con grandes regocijos y con las ceremonias acostumbradas, mezcladas todavia con alguna supersticion que no se logró destruir hasta el reinado siguiente. Aumentó las prácticas ordinarias el prefecto de la ciudad, que era maniqueo y medio pagano; dió danzas y farsas de una licencia escandalosa, cuyo tumulto y gritos interrumpieron indignamente los oficios divinos. Crisóstomo, que veia este desorden con sus propios ojos, no pudo sufrir la injuria hecha á la Iglesia, y predicó con enérgico valor contra esta especie de idolatria. Dícese que su discurso principiaba con estas palabras: «Herodías furiosa aún pide la cabeza de Juan;» mas otros autores dudan de esta circunstancia; y aun de toda la invectiva contra las mugeres, que comienza con las mismas palabras y que, á juicio de los mejores críticos, pasa por apócrifa, aunque lleve el nombre del santo doctor.

Comenzóse de nuevo á conspirar contra él con el mismo furor que antes y se invitó á Teófilo para que regresase; pero se acordaba todavia del modo con que habia tenido que salvarse, y así es que envió tres obispos los cuales reunieron á los actores de la pri-

(1) Sokom. lib. 8 hist. cap. 19.

mera escena. No se habló de las acusaciones de que el Santo ofreció con intrepidez justificarse: por consiguiente, careciendo de fundamento la queja, procuraron oscurecerla y confundirla con las formalidades.

Sus enemigos le opusieron algunos cánones sin autenticidad, que parecian quitar toda esperanza de restablecimiento á un obispo vuelto al ministerio despues de haber sido depuesto por un Concilio. Contestó por el Patriarca una multitud de piadosos y sábios prelados, que jamás habia sido depuesto juridicamente, sino espulsado con violencia; y que lejos de ingerirse por sí mismo en el ministerio, todas las potestades le habian precisado á ejercer de nuevo las funciones; que por otra parte los cánones alegados eran obra de un Concilio herético de Antioquia, llamado de la Dedicacion, y que por consecuencia no tenían autoridad alguna. La faccion, sin replicar á esta justificacion sólida, obtuvo una audiencia secreta del emperador, y dijo á este príncipe, tan débil como de talento limitado, que Juan se daba por convencido y que era necesario desterrarle antes de la fiesta de Pascua, próxima ya á celebrarse.

Enviáronse de palacio personas que le echasen de la iglesia con orden de que permaneciese en la casa episcopal. Por una mezcla de fé y de impiedad, enteramente extraña á nuestras costumbres, pretendian sondear en algun modo la Omnipotencia divina, para que si se declaraba segunda vez á favor del Santo perseguido, se le pudiese restablecer inmediatamente, y detener de este modo los azotes del cielo, luego que estos se dejasen ver. Llegó entretanto la víspera de Pascua, y más de cuarenta obispos se presentaron en medio del lugar santo al emperador y á la emperatriz, suplicándoles con lágrimas que evitasen á la Iglesia el dolor de verse privada de su Pastor en una fiesta tan grande; mas no fueron oidos.

Los sacerdotes que se mantenían fieles al obispo congregaron á los catecúmenos en el baño público, á donde los siguió la multitud del pueblo (1).

Los tres obispos mas furiosos contra el patriarca, Antioco, Acacio y Severo, aconsejaban que se impidiese celebrar esta junta; pero el maestro de ceremonias les dijo: «Es media noche, la multitud es innumerable y podrá sobrevenir algun desorden.» Acacio añadió desmintiéndose á sí mismo: «Las iglesias están desiertas, y cuando llegue el emperador, no encontrando á nadie, notará el amor del pueblo á Juan, y nos mirará como impostores, pues le hemos afirmado que nadie podía tolerar á este hombre insociable (2).» Todo lo que con esto consiguió, fué que un oficial llamado Lucio, jefe de una compañía de soldados, fuese á invitar amorosamente á los ciudadanos para que viniesen á la iglesia. Este Lucio era pagano, ó de costumbres enteramente paganas, sin probidad y sin fé: únicamente era sensible al atractivo del oro y del interés.

Acacio y los demas sobornadores le obligaron á dispersar la multitud si no podía atraerla, y el malvado tomó sin detenerse el partido de la violencia. Cuatrocientos tracios nuevamente alistados acompañaban á este oficial, y estos hombres, naturalmente feroces, acometieron repentinamente á los catecúmenos abriéndose paso con espada en mano. Lucio se internó hasta el baptisterio para impedir que se administrase el bautismo, y empujó tan brutalmente á los diáconos que se vertió el santo crisma. Descargó grandes golpes con el baston en las cabezas de los sacerdotes, sin respeto á los mas ancianos, de modo que la pila estaba teñida en sangre. Huyeron en tropel

(1) Socrat. lib. 4 hist. cap. 18.

(2) Pallad. p. 84.

con los hombres las mugeres preparadas para el bautismo, sin tener tiempo para vestirse, olvidando con el temor de mayor oprobio ó de la muerte los cuidados de la modestia, y aun muchas fueron heridas. Sus gritos penetrantes, confundidos con los de los niños, llevaron el temor y la consternacion á una gran distancia. Vióse huir por las calles á los sacerdotes y á los diáconos con hábitos eclesiásticos, abandonados al saqueo el altar y los vasos sagrados, y teñidos con la sangre del Cordero sin mancilla las armas y vestidos de los soldados (1). A la mañana siguiente, habiendo salido de la ciudad el emperador, observó en el campo una multitud de personas vestidas de blanco, y admirado de ello preguntó la causa. Sus guardias le contestaron, hablando de aquellas ovejas fieles, que eran hereges que preferían congregarse en campo raso á unirse con los enemigos de su Pastor. Había allí unos tres mil de estos nuevos bautizados que llevaban todavía el vestido blanco segun costumbre.

Abusando de la credulidad del príncipe estos enemigos crueles, destacaron contra aquella numerosa multitud los mas impíos de sus guardias. Hubieran podido defenderse y aun destrozar á este puñado de furiosos; pero eran demasiado fieles á las lecciones de San Crisóstomo para apartarse así del espíritu del Evangelio. Aprisionaron á algunos clérigos con muchos legos fervorosos de uno y otro sexo: á muchas mugeres de distincion las despojaron brutalmente de sus velos, de sus pendientes y aun á algunas las arrancaron las orejas. Una de las mas distinguidas por su clase y hermosura, se vió obligada á huir con precipitacion y á vestirse de esclava para salvar su honor.

(1) Chrysost. Epist. ad Innoc.—Sozom. lib. 2 hist. cap. 21.

Hubo magistrados que se dejaron aprisionar por su amor al santo obispo, y cuantos mas esfuerzos hacían contra él sus adversarios, tanto mas numerosas eran las reuniones de los verdaderos fieles. Es cierto que no las celebraban en las iglesias, en las que no se percibía sino el ruido de los azotes y de las cadenas, de las amenazas, de las imprecaciones y blasfemias; pero en los lugares apartados, en las grutas, y hasta en las prisiones resonaba el canto de los himnos, ofreciéndose allí los misterios sagrados con un fervor tanto mas vivo cuanto mas obstáculos era necesario superar.

Duró esta opresion desde Pascua hasta cerca de Pentecostés, y en todo este intervalo se atentó muchas veces á la vida del Santo. Sorprendióse al principio á un hombre con el puñal ya en la mano para asesinarle y que intentó ocultar su delito suponiéndose energúmeno; mas el pueblo no quiso creerle, y juzgó que de lo que estaba poseído era del demonio del homicidio ó de la avaricia. Condujéronle, pues, al tribunal del prefecto, en donde se le acusó de haber recibido dinero para ejecutar este atentado. Pero el santo patriarca envió sin perder tiempo algunos obispos que estorbasen se le hiciese daño.

Algun tiempo despues, habiendo un criado del sacerdote Elpidio, enemigo declarado del Patriarca, recibido cincuenta sueldos de oro para matarle, corrió armado de tres puñales hácia la casa episcopal. Un hombre que le conoció quiso detenerle; mas al punto le pasó con un puñal. Dió otro un grito de horror á vista de este crimen, y tambien le traspasó con el acero homicida; y despues de este hasta otros siete, cuatro de los cuales murieron en el acto. Por último, preso el furioso por el pueblo, mandó el prefecto soltarle, prometiendo hacer justicia, y dejándolo todo impune. Los ciudadanos hicieron desde entonces la

guardia dia y noche delante de la casa patriarcal (1).

El emperador entonces, contra su carácter y su propia conciencia é instigado por algunos malos obispos, mandó decir al Santo que saliese de Constantinopla. El Santo respondió: «toda la tierra es del Señor, en todas partes le encontraré, y no temo el destierro.» Aunque insensible á sus propios males, la desolacion de su pueblo hacia una impresion viva en la estremada ternura de su corazón. Compadecíase sobre todo de las personas débiles y sin apoyo, como las vírgenes y las viudas consagradas al servicio divino. Con la diaconisa Olimpiades, viuda del prefecto ó gobernador de la ciudad imperial, habia otras muchas personas igualmente apreciables por la bondad de sus sentimientos y por el religioso sacrificio que habian hecho de su juventud, de su fortuna y de todos los placeres y esperanzas del siglo. En medio de tantos motivos de ternura hizo el santo pastor los mayores esfuerzos para ocultar su propia sensibilidad y aun evitar la de su rebaño. Estaba la ciudad tan agitada, que se podía temer llegasen á las manos los ciudadanos con los soldados, si veían al Santo en poder de estos. Por eso mandó tener pronto su caballo delante del átrio grande de la iglesia hácia el Occidente, y mientras la multitud le aguardaba allí, salió oculta-mente por el lado de Oriente, y se embarcó inmediatamente para trasladarse á Bitinia. Su madre, que aun vivía, le habia exhortado tambien á sacrificar los intereses personales á los deberes de obispo (2).

Púsose en su lugar al sacerdote Arsa- cicio, hermano de Nectario. Era muy anciano y bastante buen hombre; pero sus partidarios abusaron de su poder, ó mas bien de su debilidad, para cometer mil violencias, y

(1) Pallad. Dial. pag. 127.—Sozom. lib. 8 hist. cap. 22.

(2) Chrysost. Epist. 137.

aun hubo en esta ocasion dos mártires, el sacerdote Tigrio y el diácono Eusebio, que sufrieron todo género de tormentos antes que renunciar á los intereses de su pastor legítimo; accion que les mereció el culto público de la Iglesia. Por su parte los fieles mas dignos continuaron celebrando separadamente sus juntas á pesar de las persecuciones.

Fué desterrado el santo Patriarca á Cúcusa, pequeña ciudad de la Armenia, en los confines de la Cilicia; es decir, en una provincia agitada siempre con las correrías de los isauros, bárbaros de una ferocidad espantosa, que en el momento que menos se esperaba salian de los desfiladeros del monte Tauro, en donde estaban acantonados, y llevaban por todo el pais llano la ruina y la muerte. Mas por ingrato que fuese el término ó lugar del destierro, aun fué mucho mas molesto el viaje. El Santo, que al partir se hallaba con bastante salud, padeció una fiebre violenta en esta penosa travesía. Sin embargo, sus guardas tuvieron con él la crueldad de obligarle á caminar dia y noche por unos lugares faltos de todo y con calores escesivos: barbárie de que en algun modo le aliviaba el respeto de las provincias, pues su fama iba delante de él, y por donde quiera que pasaba corria el pueblo á verle, se postraba en su presencia derramando lágrimas, celebraba sus alabanzas y maldecia á sus enemigos.

En Cesarea de Capadocia, á donde llegó en lo mas fuerte de su fiebre, el clero, el pueblo, los monges, las religiosas, todo el mundo corrió á servirle y consolarle. El obispo Faretrio, que habia firmado su condenacion, y que al principio quiso disimular, concibió por último tanta envidia al ver el aprecio que le profesaban, que no pudo tenerla á raya. Así es que le trató del modo mas inhumano sin cesar hasta que le obligó á partir con peligro inminente de caer en manos de

una multitud de isauros que desolaban el territorio de Cesarea y acababan de quemar un lugar muy grande. Subió el Santo á su litera al medio dia en un acceso de fiebre en presencia del pueblo reunido, que gemia y murmuraba altamente contra su implacable obispo. Seleucia, viuda del famoso Rufino, tenia una casa á cinco millas de Cesarea, y la mandó ofrecer á Crisóstomo que se vió precisado á detenerse allí; mas Faretrio no pudo tolerar su estancia en aquel lugar. Obligáronle á partir en una noche oscura y tempestuosa, encendiendo al principio teas, hasta que por miedo de los bárbaros poco distantes se vieron en la precision de apagarlas. Era tortuoso el camino y de una pendiente resbaladiza, y cayó uno de los mulos bajo de la litera y la volcó, por lo que el enfermo se vió forzado á caminar como pudo, asiéndose del brazo de alguno de la compañía, á causa de la fiebre y de los peligros que á cada momento le rodeaban.

Llegó finalmente á Cúcusa despues de dos meses de camino, la mitad de los cuales, y aun mas, pasó gravemente enfermo y con mil padecimientos. Sin embargo, á su llegada se sintió bastante restablecido; y en aquel lugar bárbaro y salvaje tuvo una acogida que no habia experimentado mucho tiempo hacia; porque el pueblo, las personas de distincion y el obispo, todos corrieron á hacerle las demostraciones mas vivas de veneracion y de un amor sincero. Visitáronle ó enviaron á visitarle para ocurrir á sus necesidades muchos grandes y señoras de la primera calidad de todas las partes del imperio; de modo que este desierto se le hizo agradable, y escribió á Santa Olimpiades suspendiese los cuidados que se tomaba para que se le variase el lugar de destierro (1). Residió allí un año, durante el

(1) Chrysost. Epist. 12, alias 31.

cual se ocupó, como filósofo cristiano, en escribir tanto para su consuelo como para el de sus ovejas. Compuso aquí su tratado contra el escándalo ocasionado por esta persecucion, como tambien el discurso en que prueba de un modo admirable que, despues de Dios nuestra felicidad ó nuestra desgracia, no pende sino de nosotros mismos. Todas las cartas que nos quedan de este Padre son tambien frutos de este destierro. Las que dirige á Olimpiades, que son diez y siete, muestran bien á las claras que los corazones de los Santos, sin embargo de ser enteramente de Dios, no son menos sensibles á la pura llama de la amistad. Nada se encuentra en las amistades mundanas, no solo tan verdadero y tan constante, pero ni aun tan afectuoso.

No pudo estar ocioso en aquellos lugares silvestres el celo de este hombre verdaderamente apostólico. Como residia en la frontera de los persas, se ocupó útilmente en propagar el Evangelio en aquellas tierras y entre aquellos infieles. «Servid todo lo posible al obispo Marutas, escribia á Olimpiades (1), porque necesito mucho de él para los negocios de la Religion en Persia. Desearia infinito verle á su paso, para saber el pormenor de los frutos de salud que ha obrado. Pero al menos informáos de si recibí mis dos cartas: le escribiré de nuevo, si se digna contestarme: si no lo juzga á propósito, procurad saber de él y decirme el estado de la Iglesia en esas regiones. Espresadme tambien si espera evangelizar segunda vez allí.» Este obispo Marutas era de mucho mérito y de gran piedad, y la Iglesia le honra en el número de los santos mártires. Habia asistido al Concilio de la Encina, preocupado como otros

muchos buenos obispos contra San Juan Crisóstomo, el cual echó en olvido estas preocupaciones y la indiferencia que era consiguiente. El obispo de Constantinopla no era ya un hombre y miraba con desprecio todo interés personal cuando se trataba de los intereses de la Iglesia.

Marutas habia sido enviado de embajador al rey de Persia Isdegerdes, y por la sublimidad de sus talentos y sus virtudes se habia hecho respetable á este príncipe infiel, en tanto grado que escitó celos en los magos, pues temian que convirtiese á su rey, á quien habia curado de un mal en que nada habian conseguido los remedios y los secretos de su mágia. Resolvieron pues su perdicion, y para conseguir sus fines se valieron del siguiente artificio: en el templo en donde se conservaba el fuego perpetuo que adoraban los persas, ocultaron un hombre debajo de tierra, y cuando el rey fué á orar, se oyó una voz subterránea que decia ser necesario echar á Isdegerdes como un profano que protegía al sacerdote de los cristianos. Al punto quiso el príncipe despedir á Marutas á pesar de la estimacion que hacia de él; pero conociendo el obispo la perfidia, dijo al rey que hiciese cabar en el lugar de donde salia la voz y se convencería de la impostura. Siguió Isdegerdes este consejo, y descubrió en efecto al impostor; entonces fué tan terrible su indignacion, que mandó diezmar á todos los magos, y permitió á Marutas edificar iglesias en donde quisiese; de modo que por una aventura que parecia haber de aniquilar el cristianismo en Persia, llegó á verse muy floreciente. Así, cuando los magos quisieron intentar nuevos ardides, solo sirvieron para hacer que se honrase mas y mas el Evangelio; y poco faltó para que le abrazase el rey, con motivo de otro milagro que en la curacion del príncipe, su hijo, obró Dios; curacion que se consiguió por las oraciones

(1) Chrysost. Epist. 13 ad Olymp.